

Río Colorado

1.

Está bien, le dije. Sí claro que entiendo, seguí, y yo estoy bien, en serio estoy bien. Me quedé callada, tratando de asimilar lo que acababa de enterarme, tratando de creer que se trataba de la vida de una persona ajena a mí y no de mi propia vida. Entonces oí una pregunta y miré la pantalla del celular y conecté con el presente y le dije que no, que ya no estaba tan mal, de verdad, que ya había respirado, que ya podía quedarse tranquila. Es que además estoy muy cansada. Corté la comunicación, tragué saliva, volví a respirar bien hondo y levanté la mirada y vi que estaba a unos treinta metros de la ruta 22, en las afueras de esa ciudad que ni conocía y era la puerta a la Patagonia, no sabía a cuántos kilómetros todavía de la ruta 33 o de la unión de las dos; como fuera, para pisar esa ruta que veía desde el sillón que justamente para eso estaba frente a la habitación de ese hotel de paso al que había llegado hacía una media hora solo debía cruzar una plaza de pasto verde y un portal sin puerta, apenas treinta metros para alcanzar ese tránsito del que acababa de salir, al que empastaban los camiones. Pensé en el viaje, en las casi once horas de viaje y miré la culata de mi auto estacionado frente a mí, frente a ese sillón en el que me había sentado para disfrutar tranquila de la videollamada, y recordé las mil veces que durante el día pasé dos camiones juntos o tres camiones juntos, uno pegado al otro y al otro. Anocheceía de a poco y no hacía más que mirar la ruta, de golpe me acordé de que un rato antes, después de bajar el bolsito con las cosas del baño, el secador de pelo y una muda que había preparado a la mañana para esa noche, a lo que agregué un par de libros, un anotador, la computadora con el cargador y también el cargador de teléfono, cuando me registré en ese hotel dije que cenaría tres empanadas y que tomaría una lata de cerveza, cena que ya me estarían preparando y ahora no quería comer. Me sentía mareada, no sabía si de hambre o de cansancio o por eso que acababa de pasar, lo que me habían dicho que acababa de pasar, o por lo otro, eso que no dejaba de darme vueltas por la cabeza. Cuánto tendría que esperar para que llegaran dos o tres camiones pegados uno al otro y al otro, no mucho, con estar en la banquina un ratito alcanzaría, y cuando vinieran los camiones juntos, un par de pasos, nada más. Ya veía los pedazos de mí saltando de rueda en rueda, enroscándose en los ejes que unen y separan las duales del acoplado o los acoplados, veía enseguida las ruedas del camión de atrás que ayudaban en un aplastar más y más y trituraban lo que quedaba entero, eso que no había volado a la banquina o a la mano opuesta de la ruta, donde otros camiones o autos hacían su trabajo para que nada quedase de mí, todo eso que pasaría en ese segundo que les llevaría frenar y chocar entre ellos antes de bajarse a ver qué había sido eso que se cruzó porque era evidente que no era un perro, y pensé que mejor sería ir desnuda, es más difícil deshacer la ropa, el cuerpo tiene que estar libre. Y entré en la habitación y agarré un abrigo, de golpe me había dado frío, seguro que por las tantas horas de manejo, y fui a la recepción que también es restaurante y busqué una mesa que diera a la ruta, donde me senté de espaldas al televisor y al mostrador y a la gente que entraba y salía preguntando qué se puede comer o dónde más se puede comer, y leí sin leer el último capítulo de una novela que no había terminado todavía porque ya sabía que no iba a cerrar bien, que no iba a cerrar ni bien ni mal, que ni siquiera iba a tener final, y no es que me disgustara un final abierto que ni loca encontraría ahí, por eso agarré ese libro y

no otro de los que bajé del auto, porque si leía sin concentrarme no me importaba, y mientras esperaba las empanadas leí escuchando la insoportable televisión a mis espaldas, calculando que sentada a esa mesa estaría a unos seis o siete metros de la ruta. Cerré el libro, ese último capítulo terminó no decepcionándome, ya sabía que no tenía sentido leerlo, y volví a levantar la vista, ahora la ruta no se veía pero sí se veían las luces del tránsito que aunque fuera de noche no aflojaba. Y llegaron las empanadas con la cerveza y comí y bebí sin apartar la vista de esas luces. Todavía no sabía que cuando volviera a la habitación me daría un baño eterno, que el agua de la ducha limpiase aquello, como si limpiarlo fura posible, y después de secarme, cuando el repentino frío me obligara a meterme en la cama, tomaría un cuartito de la pastilla para dormir que desde que había empezado todo eso hacía ¿cuánto? ¿dos meses ya? ¿dos meses nada más? tomaba religiosamente, que abriría la computadora y conectaría el wifi para ver un capítulo de la serie que tenía por la mitad o alguna película pero que no miraría nada, que pondría la cabeza en la almohada y que me despertaría mil veces, la primera con la idea de subirme al auto y terminar el viaje esa misma noche, aunque me quedaran unas ocho o tal vez nueve horas hasta casa, pero que recordaría que había tomado el cuartito de pastilla y eso me daría miedo porque no quería una muerte lenta y dolorosa ni arrastrar yo también una mutilación que me recordase esta noche negra por el resto de mi vida, ni sabía todavía que al final decidiría dormir, algo que haría de a ratos, ni que la próxima vez que me despertara prendería el teléfono para borrar mi foto de whatsapp y también la de facebook, como para ir desapareciendo ya de ahí, y que tanto esa como las otras veces que abriría los ojos en esa interminable noche tendría que batallar con la irrefrenable pulsión de caminar esos treinta metros hasta la ruta para esperar a que pasaran dos o tres camiones uno pegado al otro y al otro, todavía no sabía si de verdad lo haría o si me quedaría con la sensación de qué bueno hubiera estado hacerlo, porque eso era lo único que quería, y nada de nada ni nadie me importaba más que eso, tan fuerte era el empuje que me venía de adentro. Ninguna de esas cosas sabía todavía cuando me levanté de la mesa, pedí un agua sin gas para llevar y la pagué con la cerveza y las tres empanadas, aunque había comido nada más que dos, y caminé a la habitación.

Fragmento de la novela dentro de la novela:

Y ahora se ve Ella a sí misma.

Joven. Recién llegada a Buenos Aires. Ha vuelto a entrar en el salón de la pasarela, sola esta vez, sola con ese profesor de pasarela.

“Desnuda”, le ha dicho él.

Y Ella ha empezado a desvestirse rápido.

“Lento y mirándome, como si estuvieras frente a una cámara. Algo sensual, ¿entendés?”.

Se ha desnudado en lentamente y ha girado para él, y ha vuelto a desfilarse.

“Ida y vuelta”. Ella ha acatado la orden, que aunque no haya sonado a orden ahora

en el recuerdo no puede sino calificarla de eso, de orden. “Otra vez”, él la ha mirado desde el extremo de la pasarela, desde un costado después, y ha vuelto al extremo y le ha indicado que baje. Ella ha bajado y ha visto que él se estaba desprendiendo la bragueta (me va a violar, ha pensado). Ha tenido el instinto de salir corriendo, pero... ¿salir corriendo desnuda?

“Vení, bajá, acercate”, le ha dicho, “acercate despacio, como si siguieras desfilando”.

Y Ella se ha acercado y ha notado que él estaba tocándose.

“Eso es, muy bien, vas a ser la estrella de todas las pasarelas”. Ella se ha visto reina de las pasarelas, de muchas pasarelas. Reina como tendría que haber sido en aquel concurso de belleza que la consagró Primera Princesa. La vida da revanchas, ha pensado, y sonreído.

“Sería”, le ha dicho el profesor. “La estrella de las pasarelas no sonríe. Y vos vas a ser la estrella”.

Ella ha obedecido.

“Vas a ser la estrella de las pasarelas del mundo. No sólo acá, también en París, Francia. ¿Te dije que tengo contactos en Francia, no?”, no ha dejado de tocarse.

Han quedado frente a frente, muy cerca Ella de él. Él no ha amagado siquiera a desvestirse, Ella ha pensado que no necesita desvestirse, y se ha sentido más desnuda, si es que se puede, mucho más que desnuda, pero ha pensado en Francia: Ella en París, reina de las pasarelas, y ha sonreído y lo ha mirado con esa mirada que ahora, de grande, maneja muy bien y que en ese entonces ya era de fuego, un fuego de miel y mar. Y él ha terminado masturbándose en su entrepierna.

“Ya está, vestite y salí rápido. Nos vemos el sábado”.

Ella se ha vestido y ha salido a la calle y ha caminado sin poder evitar observar la mitad de abajo de su cuerpo, como si el resto, de la cintura para arriba, no existiera; porque es ahí donde siente el semen ya frío pero todavía pegajoso en la piel y en la bombacha y también en el jean, el único jean que tiene, y que hasta el fin de semana, el domingo en realidad (cuando se quedará encerrada en la pieza, en shortcito, remera vieja y medias), no va a poder lavar, porque Ella y Sofi le llevan la ropa a la portera de un edificio vecino de la pensión, una mujer muy amable que les presta el lavarropas únicamente los domingos. Y hoy, ha calculado Ella, y el asco se le ha subido a la garganta, hoy es martes, recién es martes. Y ha imaginado que hoy mismo un rato después, y por el resto de la semana, el pantalón estará duro en esas partes, duro y áspero y soltando un olor que acaso los demás no sientan, pero que irá directo a su nariz todo el tiempo durante todo lo que resta de semana.

Ha girado para ver el edificio de AMA, lo ha visto al profesor tras una cortina entreabierta, mirándola, y ha seguido Ella su camino pensando en que el sábado cuando vuelva a la escuela de modelos tendrá aún el pantalón sin lavar.

Ha avanzado más rápido y lo más natural posible, sabiendo (presintiendo) que tal vez nunca más iría a volver a la escuela de modelos.

Ya en la pensión, se ha metido en el baño compartido con todo el segundo piso y se ha arrancado el jean y la bombacha, la bombacha que ha mojado y embadurnado con el jabón de tocador, no sólo para lavarla, sino para restregarse desde la entrepierna hasta los tobillos. Y, aunque el otoño se está poniendo frío, se ha puesto el shortcito de los domingos.

Ha dejado el jean estirado en el respaldo de una silla, ha abierto la ventana y se ha sentado en el alféizar con las piernas colgando, que el aire se lleve esa espantosa sensación.

Ha mirado sin mirar la calle y los autos y la gente que va y viene por la vereda, hasta que se ha dado cuenta de que la vereda y la gente se han vuelto sombras, sombras de cosas y personas que las luces de la calle y las luces de los autos han terminado de borrar. Y ha llegado Sofía, después de unas cervezas con las chicas, ha dicho divertida, y lo bien que lo han pasado. Y Ella ha dicho "Tengo frío", dándose cuenta, en el momento mismo de decirlo, de que hacía rato que tenía frío.